

ARRÁNCAME LA VIDA

Gabriel Cruz



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

*Yo no le canto al perfumado nardo
ni al constelado azul del firmamento
yo busco en el suburbio sentimiento
pa cantarle a una flor le canto al cardo*

Negro Cele

LO DIVINO

A Ernesto y Gladys

Papá Noel se ha colocado bajo los arcos de piedra de la galería de acceso a unos pequeños almacenes. Sentado en una silla purpurina y en medio de un rectángulo de papel plata, aparece iluminado por un aura de bombillitas multicolores que parpadean al ritmo de un villancico orquestal, *Lo Divino-mix*, lanzado a todo volumen por un radiocasette camuflado bajo su asiento.

De vez en cuando mete la mano en una bolsa de caramelos corrientes situada a su derecha y los agita en el aire sin mucha maña, tentando alguna mirada infantil. Con desgana muestra una sonrisa poco afortunada que deja entrever oquedades entre sus dientes.

Lo acompaña una figura alargada con chaleco de piel y sombrero, un tipo de mirada dulce y rasgos melancólicos que desde una esquina del papel plata oferta, con acento porteño, inmortalizar la escena con una polaroid.

La noche se ha echado ya desde hace horas sobre una calle San Sebastián semidesierta y el escaso personal que sube y baja pasa asombrado ante aquel retablo estridente que pretende funcionar como reclamo.

Una piba de pelo milimétrico aprisionada en un vaquero gastado y estrecho minipul que muestra su ombligo, baja arrasando a un cincoañero hiperactivo que al llegar al retablo frena

sobre sus talones y estira el índice en dirección a la mano rebo-sante de caramelos. Rayco, haserfavor..., dice la piba mientras tira de aquel berrinche.

El fotógrafo se ajusta chaleco y sombrero, se acerca son-riente al forcejeo y ofrece la instantánea. La piba coge una cala-da ansiosa del último cigarro que le queda y lo mueve entre sus dedos de uñas comidas, lo mira y le suelta, chacho, ¿tas loco?

El porteño se da cuenta de que aquel cuerpo adolescente arrastra mucha vida, por lo que el regateo es corto y cede al ombligo sin dejar de sonreír.

El niño se acerca al trono improvisado, agarra el puñado de caramelos y lo engulle en las rodillas de Papá Noel, mientras este le señala la *polaroid*. El fogonazo del flash parece excitar al chiquillo, que se agarra a las barbas blancas pidiendo más. Las barbas se liberan poniéndolo en el suelo y se justifican ante la madre mostrando la bolsa medio vacía y la mucha noche que queda.

La muchacha, con el cigarrito en los labios, ladea el cuer-po mientras hurga en la estrechez de sus bolsillos.

Saca unas monedas y las entrega a la figura alargada que la despide caballeroso, le da la foto y se toca el ala del sombrero. Taluego, responde ella con sequedad.

Casi es medianoche y el retablo languidece entre bostezos. Hasta el villancico se vuelve un llanto sinuoso falto de pilas. La espera es inútil en mitad de la calle vacía.

Una enorme bolsa de basura se traga el atrezo. Luego las dos figuras descienden la calle iluminada en la soledad de la noche, cargan la silla y la enorme bolsa negra. Frente al Mercado toman el puente y desembocan en Miraflores. En La Granadina les recibe un africano, felínavidá colega, si tú quiere cosa buena tú pide a Mojamé..., el porteño entra, pide una botella de sidra y saluda a unas caras conocidas. Llama la atención por su altura, su sombrero y una funda abultada que le cuelga de un costado.

Un tipo corpulento y de aspecto primitivo cubierto con gabardina y gafas negras entró en el bar. Oteó desde la puerta y se dirigió al argentino, jefe, jefe, documentación...

Éste se volvió y respondió, buenas noches agente, aquí tiene..., las gafas negras lo miraron sorprendidas y la boca, tensa, contuvo un reproche. Después de observar sus documentos le señaló la funda, ¿qué lleva ahí?, póngalo todo encima de la mesa.

El argentino dejó el bulto sobre la mesa y el policía, quitándose las gafas comenzó a examinar la funda. La abrió, sacó la cámara y la exploró con el ceño fruncido. La agitó junto a su oído, la acercó a sus ojos y manipuló sin querer el disparador. El flash estalló como un relámpago en su misma cara; el susto lo empujó hacia atrás dejando caer la cámara sobre la mesa. Ciego dio un salto y se apostó en medio del recinto; se llevó las manos a la sobaquera y gritó, que nadie se mueva..., que nadie se mueva..., mientras sacudía la cara nervioso trataba con desespero de recuperar la visión.

Un murmullo como de enjambre llenó el local.

Se callen coño, se callen he dicho..., gritó la boca temblona mientras la gabardina refulaba buscando la salida.

En su atolondrada escapada no vio el escalón de la puerta, su pie rebasó el filo y flotó un segundo; luego el cuerpo cayó de espaldas sobre la calle. Presa del pánico el policía se arrastró hasta conseguir levantarse, intentó correr, dio vueltas sobre sí mismo, sacó la pistola e hizo varios disparos al aire. Traspuso en una esquina con cara desencajada y perseguido por el eco de las risas.

Agotadas las carcajadas y unos cuantos canutos, el portero sale con la botella de sidra a reencontrarse con Papá Noel en la segunda planta del edificio en obras en donde pasarán la noche. Desde allí contemplan el panorama, pequeños corrillos que fuman y se miran; tipos que trapichean y se mueven con prisa, que van, y vienen; coches que pasan lentos conducidos por sombras; muchachas que aguantan las esquinas entubadas en mini-

faldas a culo descubierto; travestis exuberantes que patean las aceras con cacareos escandalosos...

Yo no sé vos pero pa mí una Pascua sin joder no es Pascua, dice el porteño mientras se enjila un trago de burbujas.

Luego desciende a la calle y se dirige a una oscuridad en la que se ampara una sombra esquinera que intuye negociable. ¿Cuánto es la cosa? Cuarenta..., y la cama. ¿No me lo podés dejar en veinticinco? Chacho, ¿tas loco?...

El porteño se sorprende y luego sonrío tocándose el sombrero. Caramba, sos vos..., ¿y el niño?

Se encaminaron a una casa cercana. Subieron una escalera que era como un túnel y tocaron un timbre mugriento. Abrió una señora con pinturas groseras en la cara, los condujo a través de un pasillo hasta una habitación donde les pidió el dinero por adelantado. El habitáculo tenía las paredes cubiertas de un papel florido y ajado, y una cama de matrimonio con una sábana. Al lado de la puerta un grifo goteaba sobre un lavabo en el que se apoyaba un rollo de papel higiénico. Arriba un espejo salpicado desde cuyos extremos avanzaban huellas de deterioro y sobre el que alguien había escrito «viva Senegal».

Después del alivio el porteño la invitó a fumar. ¿Cómo es que yegaste a esto?, preguntó dulzón.

Ella aflojó y le resumió su historia. Se había hecho puta por culpa del latín.

Fue al instituto aunque pasaba un kilo de estudiar. Lo suyo era la placita y los colegas, sobre todo salir de casa y no oír a la vieja.

Un día hicieron una excursión a Las Cañadas con el de Ciencias, un pibito godo por el que todas estábamos fritas. Se perdieron el de Ciencias y ella. Agotados se tumbaron bajo las retamas.

Él le masajé los pies mientras le nombraba científicamente la flora local. A ella se le aceleraba el corazón cada vez que le



escuchaba lo de zonchus, euforbia, ceropegia..., así la deslumbró y la sedujo, con su labia, cantándole latinajos al oído mientras la desnudaba y le retorció su lengua clásica como un tornillo dentro de la oreja.

Terminaron enredados en un revolcón sobre las tierras volcánicas.

Tiempo después la vergüenza de su preñez la hizo dejar el instituto, la vieja se volvió insoportable y el godo cambió de destino. Y aquí estoy, sacando lo que puedo, *par pibito*, ¿sabes?

Concluidos cigarro e historia, regresan al punto de partida. Allí se despiden a pie de obra. Suerte, dice él, taluego, se despide ella.

Esa noche el porteño evocó su infancia, se le agrandó la melancolía y hasta derramó alguna lágrima. Por tanta ausencia. Y soñó con el niño que fue, con sus juguetes, su pistola, su primer coche de policía, cuando apagaba las luces de la casa y la recorría toda..., ninoninonino...; y hasta sintió el pinchazo en la espinilla de la pata del sillón de papá, es la pata del sillón de..., Policía, vaigan levantándose hagan er favor.

Entreabrió los ojos..., luces de sirena iluminan la obra..., vaigan levantándose hagan er favor.

Un uniforme enguantado lo agarra de un brazo, lo levanta de un tirón y lo arrastra hasta la luz de la calle. No es un sueño. Amanece.

Buenos días, le dice melódica una señora uniformada mientras le entrega un papel. Si tiene algún problema acuda a Servicios Sociales...

Mientras se aleja sigue oyendo como un incomprensible eco el mismo estribillo. Buenos días, si tiene algún problema...

Se sentó en la acera y se aguantó la cabeza con las manos. Las sienas le latían. Iba a vomitar.

A media mañana un comando municipal vigila la tapia levantada en la entrada de la obra. La acera es un hormiguero de

tipos y tipas con los cuerpos colgando que entonan una queja monótona.

La silla purpurina y la bolsa negra caminan ya rumbo a una pensión. Allí, sobre la cama cuentan, los caramelos y reponen las pilas.

Esta noche montamos el kiosko en plena caye Castiyo; nos vamos a forrar ché, nos vamos a forrar...

